

Vasilis Tsiambusis, *Antología de relatos*. Trad. Celia Fernández Gamarra, Isabel Morales Solis, Francisco Morcillo Ibáñez, Elena Ruiz López-Ocon, María del Carmen Pérez Fernández. Introducción Moschos Morfakidis Filactós, Granada – Drama: Cyclops – Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2019, 118 pp., ISBN: 978-618-83492-1-6

Esta antología es el resultado de una colaboración hispano-helénica que se materializó en el *VIII Curso de Lengua y Civilización Griega Moderna*, celebrado en Drama durante el mes de julio de 2019, organizado por el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, con los auspicios de la Universidad de Granada y el Ayuntamiento de la ciudad de Tracia. Un curso que lamentablemente, debido a la situación impuesta por la covid-19, ha sido imposible reeditar. Es un trabajo a varias manos y no se nota, lo cual es mucho decir para un libro de estas características. El lector podrá disfrutar de un autor desconocido para el público de este lado del Mediterráneo sin notar las diferencias de estilo de sus traductores, lo que habla sobre el trabajo de edición previo a su publicación necesita toda obra en la que han intervenido más de una persona. También hay que hacer notar la dificultad que entraña pasar del griego al español frases hechas, modismos y la jerga de los bajos fondos sin que suene artificial ni forzado.

Las historias que componen este volumen sirven como pequeñas muestras de la obra mucho más amplia de su autor, Vasilis Tsiambusis. Historias que a un lector español no le deben resultar del todo ajenas, y no porque los entornos que describe nos sean desconocidos. Tsiambusis recuerda a la novela picaresca del Siglo de Oro, al esperpento de Valle-Inclán pasado por el tamiz de las pinturas negras de Goya, al Camilo José Cela del tremendismo de los años de postguerra con su retrato crudo de la miseria material y moral del franquismo, pero también a otros referentes de la cultura popular española de la segunda mitad del siglo XX, como los del *T.B.O.* Algunos de los relatos que firma el escritor de Drama podrían haberlos dibujado Francisco Ibáñez o José Escobar.

No sé si lo que escribe Vasilis Tsiambusis es costumbrismo o si se le puede incluir en la nómina de escritores de novela negra: bien es cierto que en los cuentos aquí reunidos no aparece ningún asesinato ni crímenes espectaculares, pero el retrato que hace del lumpenproletariado griego — de la sociedad helénica en general — no desmerece en modo alguno al mucho más conocido Petros Márkaris. Uno de los rasgos más destacables y de agradecer es que nos saca de Atenas para llevarnos a Drama y otras ciudades de provincias, todas del norte de Grecia. A lo largo de las páginas

vemos desfilar a una caterva de perdedores, de marginados por el sistema, con los que cuesta simpatizar. Tsiambusis no parece pretender que nos agraden *sus* desgraciados, sino poner el acento en sus circunstancias; no los juzga, sino que se limita a una descripción de los individuos y todo lo que les rodea. Suspende las categorías morales de bueno y malo, que no tienen cabida en los ambientes que retrata. Lo que sí se deja traslucir en buena parte de ellos es el regodeo en ese carácter esperpéntico con los que dibuja a muchos de estos personajes.

De las ocho piezas que componen esta antología, siete corresponden a otros tantos relatos breves, y sólo el que abre esta colección, «En campo ajeno» (pp. 31-41) está sacado de una de sus novelas —la homónima *En campo ajeno* (1993), la otra se titula *Vaca Azul* (2013)—, sobre la ruptura de las costumbres rutinarias de un cincuentón que no acepta su edad y se empeña en demostrar que aún está en plena forma, con los resultados que cabe esperar. Emparentado con él, estaría el protagonista de «El sombrero» (pp. 71-76), también empeñado en casarse con una mujer más joven, no exento tampoco de ese punto ridículo de quien se empeña en aparentar lo que tal vez jamás fuera. La fuerza de este relato queda resumida en el gesto final del hijo de la mujer, que deja patente la vulnerabilidad del protagonista cuando el aire se lleva al sombrero del título.

Se nota el domino que el autor tiene del relato breve, que éste es sin lugar a duda su *campo propio*; que en las historias de pocas páginas juega en casa. A pesar de su corta extensión, hay dos cuentos en los que dice mucho sin necesidad de extenderse mucho más allá: «La esterilización» (pp. 77-83), que tiene como telón de fondo los Juegos Olímpicos de Atenas, 2004, y la política del gobierno de sacar a los mendigos de las calles, algo que no se dice en ningún momento, pero que se lee entre líneas a medida que el relato va avanzando y el propio Tsiambusis va sembrando las pistas necesarias para que el lector arme su propio puzzle. Del mismo modo, se intuye la relación incestuosa entre los dos hermanos de «El oso» (pp. 93-99); relación prohibida que se cuenta como si de una derivada de la historia principal se tratara, centrada en un chico que dice haber visto un oso en el bosque donde está pasando las vacaciones con su tía. Queda la duda al final de si el incesto es cierto o si únicamente se trata de la imaginación del muchacho.

El golpe de efecto al final, para descolocar a los lectores, es otro de los recursos de los que se vale el cuentista Tsiambusis. Cuando todo parece indicar que la historia transcurre por el derrotero lógico que ha venido trazando desde la primera palabra con la que abre el relato, da un giro drástico, que no por inesperado resulta menos lógico. Es lo que sucede en «Construcción ilegal» (pp. 101-105) que, por el título, hace presagiar que el cuento se ocupará de la corrupción urbanística, de la cultura del pelotazo

o de los sacrificios de un padre de familia por prosperar y que esto sea evidente —algo por otra parte, muy mediterráneo—, pero jamás sospecharía el final que le da, jugando con la línea de sombra que todo relato breve, por fuerza, deja. Otro tanto sucede con «Cola del hurón» (pp. 107-114), acerca de ese objeto de deseo tantas veces ansiado a lo largo de los años, pero que al final se demuestra vacío. Los roles del fracasado y el triunfador se demuestran aquí intercambiables, sobre todo cuando el paso del tiempo se encarga de hacer caer el decorado.

Más difícil de clasificar pueden resultar las tres estampas que se agrupan bajo el título de «Madre música» (pp. 85-91), que se salen un poco de esa «literatura del pobre» de la que hablara Juan Carlos Rodríguez y que tan bien se ajusta a los cuentos que nos ocupan. Son historias amables que giran en torno a la capacidad de la música para curar el alma. Especialmente emotiva me parece la del niño y la armónica, empeñado en mantener vivo un recuerdo.

He dejado para el final el que creo compendia todas las características de la personal voz literaria de Vasilis Tsiambusis: «La dulce Bonora» (pp. 43-83), que, dicho así, podría parecer que tiene como protagonista a una mujer o ponernos ante un caso similar a la *Dulcinea cervantina*... Si de poner una etiqueta se tratara, la que más se le aproxima es la de farsa o una tragicomedia, dividida en dos actos y un interludio, cada uno de ellos una unidad temporal en sí mismo, autoconclusivos aunque se trate de la misma acción. Aquí tienen cabida todos los personajes que pululan por el mundo del juego ilegal: los tahúres y el pardillo que se come el marrón, la policía que hace una redada sorprendiéndose, como en *Casablanca*, de que allí se juegue, los funcionarios de prisiones que hacen la vista gorda a cambio del *fakelaki* preceptivo, el prohombre de la comunidad con demasiados trapos sucios que ocultar... Pero como en todo relato negro, hay también un hueco para el análisis de la psicología de los personajes envueltos en la trama. Es interesante cómo se pone al protagonista delante de sus prejuicios, obligándolo a reconocer lo que no está dispuesto.

Estos ocho relatos son una buena carta de presentación para un autor muy original, que hace suyos los códigos de un género que va más allá de clasificaciones para crear un territorio que por momentos puede parecernos sumamente familiar, invitándonos a continuar en su compañía, quizás con esa media sonrisa de cuando nos reconocemos en las debilidades del otro; cuando pensamos que eso que le está pasando al prójimo podría sucedernos también a nosotros. Que es sólo cuestión de suerte.

Carlos Martínez Carrasco
UCO-C.E.B.N.Ch.